

Álvaro Llosa Sanz: *Más allá del papel. El hilo digital de la ficción impresa*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo 2013 (Biblioteca Giambattista Vico, 32). 244 páginas.

La inmensa mayoría de los estudios que siguen publicándose en torno a la digitalidad, tanto en un sentido amplio como en el ámbito estricto de lo literario, apuestan por la observación sincrónica y absolutamente contemporánea de la fenomenología. Son, en definitiva, pocos aquellos trabajos que se atreven a abordar una línea de pensamiento compleja a lo largo de la historia o bien a indagar en las tradiciones literarias; dentro de esos pocos son todavía menos los que lo hacen con éxito. Este es uno de los valores destacados del libro firmado por Llosa Sanz, pues

no solo no rehúye esa cuestión sino que la aborda desde el principio y hace de ella un importante eje en torno al cual se articula su estructura y desarrollo.

Más allá del papel tiene en el análisis de la historia de la literatura, incluyendo sus materialidades, un foco principal en los capítulos primero a cuarto; de hecho, podemos sumar a esto también el quinto, aunque la modernidad no nos resulta tan ajena dentro de los enfoques del estudio de la literatura digital. La lectura de esos capítulos nos demuestra que se evita también caer en la extraña carrera hacia buscar antecedentes cada vez más oscuros y antiguos para enraizar la fenomenología de la digitalidad, lo que ha provocado que algunos estudios tengan aspectos poco fundamentados o fácilmente criticables. Aquí el enfoque es acertado, pues no solo se realiza un recorrido por la historia literaria, sino también por la de sus tecnologías. Llosa se mantiene en una acertada corriente de pensamiento que, como él mismo expone, cree que “la literatura como ficción tiene una variada historia tecnológica, con la que mantiene una estrecha vinculación como factor determinante de algunas de sus cualidades estilísticas y formales” (p. 15).

Es lógico que un libro como este se centre en algunos textos principales y se evidencie que *El Quijote* tiene un peso específico muy elevado en él por el extenso tratamiento que se da a la obra cervantina, pues esta ocupa todo el primer capítulo. Aunque esto no cumple con la estructura marcada por la cronología que se seguirá en capítulos posteriores, la complejidad de la obra de Cervantes y el gran rendimiento que tiene el análisis del texto del hidalgo a la hora de trazar las líneas fundamentales de pensamiento que se desarrollarán durante el resto del libro. Su estudio como objeto material, como resultado de una producción industrial libresca, y como obra literaria, permite construir una triple

interpretación de la obra como objeto cultural complejo que se analiza desde la problematización de la digitalidad.

Esta focalización se da también en buena medida en los capítulos siguientes, recurriendo a ejemplos relevantes, como *El conde Lucanor* o *El libro de Buen Amor*, textos que permiten abordar la cuestión fundamental que se pretende abordar en el libro: ¿cómo se puede trasladar a la pantalla la memoria cultural de la tradición impresa de la historia de la literatura? No se trata, sin embargo, de abordar esta cuestión desde la edición textual digital, sino desde el punto de vista de lo que la literatura representa en su relación con el propio formato y cómo la traslación del mismo a otro tipo de soportes puede influir en su devenir, sí, pero también en su revisión y perduración. Las observaciones de Llosa a través de los textos seleccionados resultan relevantes para comprender la figuración del escrito-lector en su división y multiplicidad de roles, que tiene su reflejo también en la pluralidad textual y modal de “continuas conexiones entre concepto, imagen, y mundo” (p. 98) y que conduce hasta hipermediaciones en las que el lector activa “sus espacios y los símbolos contenidos” (p. 111) a través de las ediciones digitales de los textos que se expanden gracias a las herramientas del espacio técnico de la capacidad informática.

El enfoque puede parecer limitante, pero el autor consigue superar las constricciones de esta orientación a la hora de determinar el progreso en las ideas que se proponen. Esto resulta especialmente claro cuando, en el tercer capítulo (que, en su trayecto por la historia literaria, aborda el Siglo de Oro del que bien vale la pena destacar sus observaciones sobre la poesía aurisecular), se desarrollan cuestiones de multimodalidad audiovisual, e incluso cuando la cibertextualidad y la recepción lectora se ponen en raíz con la obra de

José de Cadalso. Resulta inevitable que, en algunos momentos, la argumentación parezca debilitarse por los ejemplos o los condicionantes históricos de la secuenciación temporal, pero cuando esto sucede es una sensación puramente temporal que puede deberse quizá más a la tendencia a la compartimentación de los lectores que a la línea de pensamiento. En todo caso, cuando puede parecer que esta se diluye o debilita por algunos momentos, luego se recupera con fuerza gracias a la erudición del aparato bibliográfico aportado y por la presentación de razones para justificar lo expuesto.

Pero ¿cómo son percibidas estas interpretaciones en clave tecnócrata de algunos de los autores y textos más defendidos por los diferentes especialistas de cada una de sus épocas? Eso es quizá lo primero que debe tener en cuenta el lector, historiador o filólogo, que decida acercarse a la lectura del estudio de Álvaro Llosa Sanz: desde el principio se está tejiendo un argumentario que dificulta la lectura aislada de los capítulos, por lo que una aproximación fragmentada a los apartados del libro puede crear una idea errónea de lo que en él se está proponiendo. *El hilo digital* del que va tirando el autor recorre sus páginas y el tratamiento aislado de las partes no funciona para construir un todo. Esto es, en buena medida, consecuencia no solo de un texto que está (no podía ser de otro modo) hilado de forma continua, sino también de su pluralidad de ideas, conceptos y fuentes secundarias que conforman un apartado teórico complejo e interdisciplinar en el que la filología tradicionalista es solo una parte (pero los estudios de literatura electrónica o digital no rellenan todos los huecos). Los estudios visuales, la materialidad y fisicalidad del libro como objeto, la recepción, etc., son otros de los aspectos teóricos que destacan en su selección bibliográfica y que, por supuesto, se desarrollan a lo largo

de los diferentes capítulos que componen este *Más allá del papel* de Llosa Sanz para explorar con eficiencia el camino intermedio y su transformación contemporánea: “No se pasa la hoja, se desdobra el texto. Y si el lector puede saltarse las páginas de un libro en la pantalla uno se salta líneas que no visita, con las que no interactúa por falta de tiempo o interés. El trabajo de edición y lectura se hace con unidades textuales muy distintas a las manejadas hasta ahora para la edición impresa” (p. 158).

La hipertextualidad, y lo que se denomina como tecnofilología en el sexto capítulo del libro, es la consagración última a ese devenir hacia el ir *más allá* del papel, no porque este haya sido consumido por el paso del tiempo ni se haya convertido en signo del pasado, sino como elemento-soporte de la literatura que convive ahora ya con la liquidez baumaniana de la pantalla y lo digital. El libro, como objeto cultural, tiene nuevos compañeros de viaje o, como indica Llosa, “la convergencia de modos y medios que conlleva la expansión de los soportes digitales a través de su difusión mediante las redes informáticas ha dejado claro que el libro impreso ya no está solo cuando hablamos de transmitir información, cultura, ficciones” (p. 173). Se abre, así, la comunicación entre el soporte bien conocido —el libro— y el nuevo conjunto de soportes que no solo genera nuevas textualidades, sino que alberga las antiguas con proyectos conocidos y señalados en por Llosa Sanz como el ya veterano proyecto Gutenberg. El modo en el que el lector aborda la recepción de estos textos es cuestión abordada también por el autor, quien señala no solo los posibles efectos positivos, sino las condicionantes más criticables de estos cambios en el paradigma lector. Quizá se cae en algún momento concreto en el temor a lo que se identifica como la posibilidad de “reprogramar nuestra cartografía neuronal y nuestra

memoria convirtiéndola en mera inteligencia artificial” (p. 177), aunque sin caer en el pavor amarillista de los neoluditas (a los que, como Carr, por supuesto se cita). Frente a ese pensamiento sesgado (que se da tanto desde el neoludismo como desde la tecnofilia), Llosa identifica el juego de intereses, procesos de cambio y valores en fluctuación que se está viviendo en el mar de la digitalidad. Desde luego, hay cambios en los procesos de recepción, y esto se aborda sin huir de las polémicas como un punto más de la discusión que se plantea a lo largo de las páginas que componen el ensayo. Como señala Llosa: “Es necesario buscar el hilo hacia la elaboración de una edición del cibertexto caracterizada por la interacción hipertextual, multimodal y registracional, productora de una comunidad lectora y de distribución transmediática si queremos que la ficción impresa encuentre sus nuevos lugares tanto en el medio digital como en otros” (p. 208).

Y eso es precisamente lo que logra tejer en sus páginas *Más allá del papel. El hilo digital de la ficción impresa* gracias a su enfoque filológico que combina los aspectos fundamentales de la cultura escrita, la historia material del libro y su paso a una era de digitalidad, todo ello mientras construye las claves interpretativas y de pensamiento de la existencia polimórfica de la literatura contemporánea y, con ella, la flexibilidad en el proceso de recepción y lectura.

Daniel Escandell
(Universidad de Salamanca)